

Historia, arte y leyenda en la tierra de Salas

Trabajo premiado por la Excelentísima Diputación Provincial de Burgos en el «Día de la Provincia» del año 1960.

Con el respeto santo que nos inspiran siempre las glorias del pasado, pisamos las tierras de Salas y al punto nos sentimos envueltos en un ambiente cargado de inmortalidad y de vida, que es en su aspecto físico efluvio intenso que brota de sus pinares y es en lo espiritual esencia pura de historias y leyendas, que, a pesar de los cambios y de los siglos, perfuman aún sus pueblos y sus tierras. Historias y leyendas que se esparcen sin límites a lo largo y lo ancho de sus llanos y sus selvas, adquiriendo caracteres de pervivencia en las rocas de sus castillos, en los blasones de sus palacios, en los pilares de sus iglesias y en las profundidades de la Laguna Negra logran matices de tragedia humana y en el ciprés de Silos alcanzan la expresión más pura de aspiraciones eternas.

Así, en estas tierras de Salas se dan cita, en perfecta convivencia, héroes reales, que llevan a cabo hazañas tan portentosas, que, aunque atestiguadas por la historia, hacen pensar en mitos y en leyendas, y personajes legendarios, tan reciamente humanos, que, a través de los siglos, adquieren a nuestros ojos caracteres de verdadera existencia.

No es de extrañar que esto suceda, si nos damos cuenta de que en la sierra de Cortalago, en la Calva, en el Picón de Navas, en las de Umbría y en Barbadillo de Herreros, en Val-

delaguna, en Quintanar y en la sierra de Neila y hasta en las mismas llanuras, bosques espesos e impenetrables cubren la tierra con el verdor de su manto y guardan ocultos a miradas profanas parajes propicios a la vida del misterio y conservan intacta la virginidad de su fronda, refugio sagrado de mitos y de leyendas, que sólo el Pedroso, el Arlanza y algún pequeño arroyuelo se atreven a profanar con el paso constante de sus aguas rumorosas.

Desde los tiempos remotos de la prehistoria hasta nuestros días, el hombre ha querido habitar en estas tierras, atraído unas veces por la riqueza de sus bosques o por la feracidad de su campiña, buscando otras asilo seguro contra el enemigo en luchas y contiendas.

Con paciencia benedictina los monjes de Silos han ido acumulando en su museo piezas de valor incalculable para la historia de la región. No sólo aparecen allí, artísticamente dispuestas, colecciones completas de la flora y de la fauna regionales, sino también hachas pulimentadas, peines, punzones y alfileres de hueso, del neolítico; hachas y flechas de bronce, del eneolítico; una urna cineraria y un idolillo, celtibéricos; un busto y un camafeo, romanos; así como numerosas monedas y cerámica, de la época del Imperio.

Los romanos dejaron, además, en la región las estelas funerarias de Lara de los Infantes, con fuerte sabor local, en las que la difunta aparece sentada como en las laudas áticas.

En un pueblo sin importancia y en un monumento, al parecer, insignificante, hallamos un templo anterior a la invasión agarena. Nos referimos a la ermita dedicada a Santa María en Quintanilla de las Viñas.

Probablemente existió allí una gran basilica bizantina del siglo VII, compuesta de tres naves y con planta de cruz latina, dedicada a Santa María.

Los árabes invasores se encargaron de destruirla, al menos en parte, después que los buenos cristianos consiguieron salvar la imagen y ocultarla en un monte en las cercanías de Aranda, llamado Costaján.

Hay en esta población una fuerte tradición que hace proceder de Quintanilla la imagen de su Patrona, la Virgen de las Viñas. Esta tradición está corroborada por el derecho que los vecinos de aquel pueblo han ejercido durante siglos de llevar en andas a la Patrona de Aranda en el día de su fiesta.

La ermita es reconstrucción del siglo X, llevada a cabo por la condesa Flammola, esposa de Gonzalo Téllez, conde de Cerezo.

Se ha aprovechado solamente el crucero, cerrado con un

muro de sillería. Al ábside, cuadrado, da acceso un arco triunfal de herradura, apoyado en columnas romanas, procedentes de alguna «villa» y decorado profusamente con tallos serpenteantes. En uno de los sillares, que hacen de capiteles y que tienen forma prismática, se lee la inscripción de la donante: «Oc exiguum exigua offero Flammola votum» (Yo, la insignificante Flammola, ofrezco esta insignificante ofrenda).

Según los doctos, la decoración es interesantísima, pues en ella el arte visigótico presenta numerosas reminiscencias romanas y bizantinas. En una lápida aparece Cristo con un cruz, escoltado por dos ángeles, en otras, el sol y la luna. También en piedra están representados los símbolos cristianos de las iglesias visigodas: la cruz, el crismón, el cordero, la paloma...

Estos restos exiguos, pero altamente significativos, nos permiten atisbar el esplendor que pudieron tener las poblaciones de la región en la época visigótica y nos ponen en camino para ir conociendo la importancia decisiva que tanto en el orden histórico como en el artístico y religioso adquirió la comarca en un momento crucial para la vida de Castilla y de España.

Es el momento en que Vardulia (quae nunc vocitatur Castellae), como reza la crónica de Alfonso III) sale de los castillos que defienden los desfiladeros de Pancorbo y empieza a modelarse entre las fortalezas que se acercan al Duero, es cuando los castellanos, avezados a los peligros y sobresaltos que les impone la vida constante de ataques y contraataques de las tierras fronterizas, prefieren ganarse el título de rebeldes, inquietos y mal sufridos que habrá de darles la Corte de León —«Castellae vires per secula fuere rebelles», que dirá después el cronista de Alfonso VII—, a estarse mano sobre mano, esperando órdenes del formulismo leonés y se lanzan decididos a la empresa titánica de contener primero los ataques de los adversarios y de contraatacar después hasta llegar a las mismas puertas de Córdoba. Es entonces cuando Gonzalo Fernández y Fernán González, García Fernández y Gonzalo Gustios ahogan en sangre las traiciones de casa, y fuera de ella realizan hazañas tan portentosas que desbordan el marco del latín literario de las crónicas oficiales y buscan para immortalizarse el metro romanceado de los cantares de gesta. Lara y Covarrubias, Barbadillo, Salas, Vilviestre, Castrovido, Carazo, Hacinas y Castriello de la Reina adquieren resonancias de lugares legendarios, mientras los monjes de Arlanza y los de Silos, cercanos a la lucha, pero amparados por ella, estudian, escriben y rezan en la soledad de sus claustros por el triunfo definitivo de las armas cristianas.

Como primer adalid de esta legión de héroes, aparece en el escenario de la Historia, hacia el año 900 el conde Gonzalo, quien, con permiso del rey Alfonso, levanta una fortaleza en el Picón de Lara, reconstruye la ciudad y protege a la región con una línea de castillos: Palenzuela, Torremoronta, Torreparedre, Tordómar, Tordable, Castrillo Solarana, Castrovido...

Frente a estas fortalezas, los moros persisten aún en las torres de Carazo. Pero no por mucho tiempo, que el conde y su hermano no han venido a Lara solamente a levantar fortalezas, sino a desalojar a los moros de las que poseen y a conquistar tierras y más tierras. Se apodera de Carazo y se lanza a la conquista de Clunia y de San Esteban de Gormaz, pasa el Duero y en Haza sienta sus reales.

Gonzalo muere, pero su semilla queda. Se encarga de cultivarla su esposa —la «comitissima», que dicen los documentos—, la mujer fuerte y varonil, que, antes que mujer, es la viuda del conquistador y que carga sobre sus hombros el deber sagrado de continuar y perpetuar su obra. Muniadona hace de su hijo, Fernán González, un luchador, un político y un caudillo.

En 931, de conde de Lara pasa a ser conde de Castilla, y en 932, conde de Alava. Es el personaje más poderoso de la cristiandad hispana, es el que lleva la iniciativa de la Reconquista, es el rival más temido por los ejércitos musulmanes.

Las diferencias con el rey de León tenían que surgir. La herencia paterna, las circunstancias de vida en que se desenvuelve el occidente cristiano, el imperativo histórico del pueblo que tiene que regir, su propio temperamento le imponen una misión sagrada e ineludible que él cumplirá, cueste lo que cueste, aunque para ello tenga que romper con el centralismo leonés.

¿Ambición?... Santa ambición la que carga sobre sus espaldas la más difícil de las empresas: Castilla es la adelantada de la cristiandad en la lucha contra el Islam, y Fernán González es el portaestandarte que conduce sus mesnadas.

Enérgico, astuto, guerrero infatigable, político audaz, «cuerpo de buenas mañas, héroe de los fechos granados», durante diez años es el mejor capitán del ejército de Ramiro II. Pierde luego su favor y aun la libertad, pero la recobra pronto para ver a su hija Urraca casada con el príncipe heredero de León y para llegar a ser durante varios reinados el árbitro de la política leonesa.

Su encumbramiento le enajena simpatías y la reina Toda consigue reunir contra él a Navarra, a Córdoba, a los Velas y a los Ansúrez.

Nueva prisión del conde y libre de nuevo para unirse a los cristianos en contra de Abd-el-Raman. No cuaja la coalición en hechos concretos, pero Fernando, si no plenamente independiente, con autonomía y con poder suficientes, lucha solo contra el califa y recobra San Esteban de Gormaz y aguanta la guerra santa, proclamada por Al-Hakam, sin claudicaciones ni humillaciones, hasta que en Lara rinde el tributo de su vida y es enterrado junto a su esposa Sancha en el monasterio de Arlanza.

Fernán González, signo de contradicción, como corresponde a todo caudillo que lucha y vence y funda y crea naciones. Los siglos posteriores vinieron a darle la razón, cuando Fernando I y, más tarde, Alfonso VII dividen su reino y dan la primacía a Castilla.

El pueblo castellano se la había dado desde el primer momento y había hecho de él la encarnación de sus propios ideales y le había seguido en vida y le había cantado después de muerto, en noble competencia de la historia y de la leyenda para consagrarle Príncipe de la Fama y Héroe Nacional, Caballero de la Fe, de la Patria y del Honor, Adalid de la guerra santa contra el Islam y símbolo permanente de la Castilla eterna, que vigoriza a los pueblos hispánicos, les da unidad y les lleva seguros hacia las rutas inmortales del Imperio.

Con terrible laconismo reza su epitafio: «Murió». Murió el cuerpo de Fernán González, pero su alma no murió, vive y vivirá mientras viva Castilla, que es España, mientras aliente su espíritu, que es inmortal.

Herederero inmediato del espíritu y de las tierras de Fernando, su hijo García —«el de las hermosas manos», como dice su cantar— es un guerrero formidable, que tiene que luchar contra el mejor capitán de su tiempo y habilísimo diplomático. También lo es el conde castellano y en el camino de la guerra como en el de la diplomacia lucha con tenacidad increíble contra Almanzor. Su consigna es paz entre los cristianos y guerra contra los moros.

En la confirmación de los fueros de Castrojeriz da forma legal a las aspiraciones democráticas de Castilla, al reconocer igualdad de derechos entre la aristocracia de la sangre y la del valor, equiparando a los caballeros villanos con los infanzones, se asegura la devoción de los hombres valientes y forja el instrumento que ha de servirle en sus luchas con el musulmán. García es el único caudillo cristiano que no negocia con Almanzor. Sólo frente a él, ni pacta ni se rinde y consigue mantenerle fuera del límite de su condado y hasta hubiera logrado

vencerle, si la astucia del musulmán no hubiera quebrantado la fidelidad de algunos de sus vasallos y no hubiera conseguido que la traición minase los fundamentos de su propia casa.

Pero es éste un capitulo de la historia de estas tierras que, mejor que las crónicas, nos cuentan los cantares de gesta.

Las crónicas se escriben en latín para los hombres cultos, los cantares de gesta se escriben en castellano por el pueblo y para el pueblo.

Otra vez Castilla y León por distintos derroteros: los castellanos no están de acuerdo con los leoneses en el aspecto literario, como tampoco lo estuvieron en el terreno político ni en la forma de llevar a cabo la reconquista.

El pueblo castellano tiene sus ideales, tiene sus costumbres, tiene su derecho y tiene, sobre todo, héroes de carne y hueso que encarnen esos ideales, que viven esas costumbres, que ejercen ese derecho y así como para encontrar los héroes de su epopeya no necesita acudir a seres mitológicos, cantados ya por las literaturas antiguas, tampoco necesita echar mano del convencionalismo decadente del latín de las escuelas monacales para dar forma a sus cantos. Se sirve del lenguaje vulgar y corriente, que entienden perfectamente todos los ciudadanos.

Una vez más la realidad histórica viene a dar la razón a Castilla en lo que respecta al fondo y a la forma: el castellano acaba por imponerse en España y adquiere el rango de gran lengua literaria, las crónicas recogen el contenido de los cantares de gesta, utilizándolos como fuentes históricas.

Y es que los cantares, recitados por los juglares en los salones de los castillos ante príncipes y señores y repetidos una y otra vez en las cocinas de los mesones y en las plazas públicas ante aquel pueblo de pajes, de soldados y de villanos, son ante todo la expresión de la conciencia histórica de Castilla y muy pronto de la conciencia histórica nacional.

Es el maestro Menéndez Pidal quien lo dice: «La savia de esta poesía ha nutrido las generaciones sucesivas de la raza española, y, gracias a ella, de un extremo a otro de la Historia, la Nación entera ha podido comulgar en un mismo ideal».

Y los primeros cantares de gesta nacieron en las tierras de Salas para cantar las hazañas de nuestros héroes, para inmortalizar a Fernán González, a García Fernández, a Sancho García, a Gonzalo Gustios y a sus siete hijos y al ayo Nuño Salido y a otros muchos, cuyos nombres han quedado relegados en las nieblas del olvido.

Sin género de duda podemos afirmar que hubo un cantar de gesta dedicado al gran Conde Fernán González. De él se

derivan, a mediados del siglo XIII el «Poema de Fernán González» y, más adelante, numerosos romances viejos. El poema parece ser obra de un monje de Arlanza, que siente verdadero fervor hacia el adalid de la independencia castellana:

«El Conde Don Fernando, este leal cabdiello
parescia entre todos un feroso castiello.»

También los romances le pintan altivo y señor:

«Mensajero eres, amigo;
no mereces culpa, no;
que yo no he miedo al rey
ni a cuantos con él son.
Villas y castillos tengo:
todos a mi mandar son
dellos me dejó mi padre,
dellos me ganara yo.»

Pero, como apuntábamos anteriormente, los temas predilectos de los cantares de gesta son las tragedias familiares.

En el escudo de Salas se halla perpetuado el recuerdo de aquella tragedia que sufrió Gonzalo Gustios y con él todos los buenos vasallos del alfoz de Lara.

Doña Lambra ofendió al menor de los siete infantes, Ruy Velázquez se vengó de todos ellos y de su padre, entregándolos al enemigo, pero el pueblo castellano sintió en sus propias entrañas la tragedia y la venganza, sufrió en su propia garganta el filo de la cimitarra sarracena, que segó las cabezas de los jóvenes y del ayo Nuño Salido, lloró con Gonzalo sobre cada una de ellas y no perdonó nunca la traición del de Vilviestre, que, por rencor o por codicia, trató de malograr la gran empresa guerrera del buen conde Fernán González y pactó con el enemigo de la cristiandad. Y es el mismo pueblo el que, por imperativo categórico de su conciencia colectiva, espera, busca y hasta crea quizá la figura del vengador Mudarra, como encarnación viviente de su necesidad de reparación y de justicia.

Este es el valor simbólico de las ocho cabezas en el escudo, este es el valor trascendente del pueblo de Salas en el siglo X: el haber encarnado y quintaesenciado el espíritu de la raza en los momentos más primitivos de su historia, con tal acierto y fidelidad, con tal riqueza y colorido, que la vieja tradición ha venido a formar parte de la conciencia nacional.

Por eso el pueblo español de la Edad Media, como el del Siglo de Oro y el de la decadencia, año tras año y siglo tras

siglo, en Castilla y en toda la Península, ha repetido constantemente el cantar de los Siete Infantes de Salas y las crónicas lo han prosificado y los romances han vuelto a ponerlo en verso y, como tema eterno, ha servido de argumento a obras de dramaturgos y de poetas y ha sido cantado en las plazas públicas y en los teatros.

Menéndez Pidal señala dos cantares de gesta que tienen por tema la leyenda de los siete infantes de Lara, que hasta el siglo XV se llamaron de «Salas». Los romances viejos que se derivan de ellos se acercan al centenar. En 1579, Juan de la Cueva lleva el asunto al teatro con su obra «Tragedia de los siete infantes de Lara»; otra comedia anónima se publica en 1583, con el título «Los famosos hechos de Mudarra»; de 1612 data la comedia de Lope de Vega «El bastardo Mudarra y Siete Infantes de Lara». En el XVII aparecen también «Gran tragedia de los siete Infantes de Lara», de Hurtado de Velarde, «El rayo de Andalucía y genizaro de España», de Cubillo, y «El traidor contra su sagre», de Matos Fragoso.

Finalmente, el tema, aunque degradado en su valor poético, llega hasta el siglo XIX con la tragedia inédita del conde de Noroña «Mudarra González» y, sobre todo, con el «Moro Expósito», del duque de Rivas. Fernández y González tiene una novela sobre el mismo tema.

Más o menos contaminada se ha conservado la tradición hasta nuestros días en forma de representaciones anuales en estas tierras, escenario de los hechos, pero, sobre todo, el buen pueblo de Salas aún lleva clavada en el corazón, como espina punzante, la maldad de doña Lambra y mixtificando la tradición y tergiversando los personajes, en sus versiones orales, la sepulta para siempre en la Laguna Negra, como castigo a su supuesta perversidad de madre. «La laguna —dicen—, a la cual jamás se ha hallado fondo, la tragó y, desde entonces, cuando va a demudar el tiempo, revuelve sus aguas y da bramidos como de buey, sin que haya nadie que se atreva a acercarse a la orilla».

Menéndez Pidal ha demostrado que las tragedias que relatan estos cantares tienen detalles imaginados por el poeta, pero se asientan sobre la verdad histórica, como lo prueban el ambiente en que se desarrollan, característico del siglo X en Castilla, la geografía —Salas, Lara, Barbadillo, Canicosa, Vilviestre, Almenar, Urbel, Carazo...—, los nombres de los protagonistas, que existieron realmente y la misma manera de contar las relaciones diversas que tuvieron estos señores con la Corte de Córdoba.

El anónimo autor —dice el maestro— refleja perfectamente en sus versos, por un lado, la repugnancia del pueblo castellano del alfoz de Lara hacia los traidores, que se doblegan ante Almanzor, personificados en Ruy Velázquez y, por otro, «la saña retenida», «la venganza privada, concebida como un derecho y un deber para la seguridad de la familia».

Las desdichas familiares del conde García Fernández tienen también su cantar de gesta. Apuesto, valiente, enamorado, ve en Burgos a la bella Argentina, se prenda de ella, la hace su mujer y, al verse traicionado, no se atreve a presentarse ante sus súbditos sin haber tomado cumplida venganza del ultraje. «Ahora soy digno de ser vuestro señor, que estoy vengado y no antes que vivía en deshonra».

Pero la fatalidad en forma de mujer, ahora con el nombre de Sancha, vuelve a traicionarle y le lleva al fracaso militar y a la muerte.

Se han perdido los poemas que cantaron a su sucesor, Sancho, «el de los buenos fueros», que según ellos decían, inicia su reinado librándose del veneno que le tenía preparado su malvada madre, obligándola a bebérselo. Para reparar el matricidio el conde funda el monasterio de Oña.

Sin embargo, en este caso la verdad histórica se abre paso frente a la leyenda, pues lo cierto es que Sancho amargó los últimos días de su padre, pasándose con su madre al partido de los que, cansados de la lucha con Almanzor, buscaron entenderse con él. Con su apoyo comenzó Sancho a gobernar y por eso pudo organizar su reino y otorgar o confirmar numerosos fueros.

Pero pronto se siente otra vez castellano y en el año 1000 vuelve a la lucha con el caudillo musulmán en Peña Cervera. La estrategia de Almanzor anuló su esfuerzo y, aunque no llegaron a la capital del condado, los moros victoriosos desfilaron por estas tierras de Salas. Sigue luego una táctica prudente: ataca cuando espera feliz resultado de sus ataques, acude a las artes de la diplomacia e interviene en las luchas civiles de los musulmanes, consolidando sus posiciones.

La muerte le sorprende a los 60 años y deja a su heredero, el infante García, expuesto a las ambiciones de los reyes de León y de Navarra y a la codicia de sus súbditos.

El «*Romanz del Infant García*», en términos patéticos, se encarga de relatarnos el trágico fin del último descendiente de Fernán González, asesinado en León por los Velas, cuando acudió a desposarse con Sancha, hermana del rey Bermudo.

Esta terrible tragedia pone fin a la historia de los condes

de Castilla, que fueron antes, y siguieron siendo, condes de Lara y señores de estas tierras.

Ya en 1037 Fernando I, precisamente en el Monasterio de Arlanza, se titula «rey» por primera vez y, poco después, por la muerte de Bermudo, llega a serlo efectivamente de León y de Castilla.

La vida de lucha se desplaza de estas tierras y tiene su escenario en regiones más meridionales de la Península, pero Salas, Lara y Covarrubias siguen siendo el auténtico solar de la raza castellana, el punto de arranque de su espíritu de expansión y de conquista, la artesa donde han fermentado los principios evolutivos del progresismo castellano, capaz de convertir la masa inerte de la herencia visigótica en la hogaza nutritiva de la eficacia castellana, que ha saciado durante siglos el hambre de ideales y de conquista de todos los españoles y ha cuajado en la realidad histórica de la unidad de la Patria.

* * *

Hasta ahora sólo hemos hablado de guerras, de tragedias y de venganzas. Y, sin embargo, lo que da solidez y permanencia a la obra de los condes de Castilla no es precisamente el ímpetu arrollador de sus armas vencedoras, sino la organización sistemática de las tierras conquistadas, el afán por reconstruir o fundar núcleos de población, que sirvieran de asiento a los trabajadores del suelo, la preocupación por dotar de fueros o cartas-puebla a las nuevas colectividades, a fin de que tuviesen normas de vida social y personalidad jurídica y, sobre todo, el santo celo con que se dedicaron a conceder medios de vida a los monasterios antiguos y a fundar otros nuevos, en los que los monjes, llevando una vida centrada en el servicio de Dios, en el estudio y en el laboreo de los campos, fuesen ellos mismos ejemplo de orden y de trabajo para todos los ciudadanos y sus cenobios, archivos donde se conservase la cultura antigua, escuelas de las bellas artes y puntos de difusión del saber humano y de las ciencias divinas.

Los valles del Arlanza, del Duero y de sus numerosos afluentes se vieron sembrados de iglesias y monasterios, fundados o favorecidos por los condes de Lara. Santa María de las Viñas, San Sebastián de Silos, San Pedro de Arlanza, San Quirce, Cardena, Covarrubias, Valeranica, Oña, San Millán de la Cogolla, son nombres que están fuertemente vinculados a los de la condesa Muniadonna, del conde don Gonzalo, de Fernán González y de sus sucesores.

Después de los muchos siglos transcurridos, algunas de estas fundaciones han desaparecido, de otras se conservan restos venerables, otras han sufrido los embates del tiempo y las veleidades de los hombres, pero han conservado incólume el legado de religiosidad y de arte que en ellos dejaron los fundadores.

La índole de este trabajo nos obliga a limitarnos a hablar del arte en el partido de Salas de los Infantes.

SAN PEDRO DE ARLANZA

Anteriormente hicimos unas indicaciones sobre los restos romanos y visigóticos, especialmente en lo que respecta a la ermita de Santa María de las Viñas. Vamos a hablar ahora de San Pedro de Arlanza y de Santo Domingo de Silos.

Cuando remontando el curso del Arlanza descubrimos las grandiosas ruinas de su famoso monasterio, situado en un paraje lleno de encanto y de quietud, nos sentimos agitados por sentimientos contrapuestos: por una parte comprobamos la grandeza de aquellos hombres que, en medio del ajetreo constante de sus luchas intestinas y de sus combates contra el invasor, tuvieron sosiego bastante para dedicar a Dios las íntimas reconditeces de sus corazones de cristianos y los más bellos rincones de las tierras conquistadas y, por otra, tenemos que lamentar la acción demoledora del tiempo y, sobre todo, la incuria de los hombres, que han dejado abandonados templos dedicados a Dios y han permitido que sus restos venerables hayan sido objeto de despojo por parte de propios y extraños.

Si no conociéramos la realidad de los hechos, ante estos restos de pasadas grandezas, tendríamos que pensar que era tan abrumador el volumen de la gloria espiritual que gravitaba sobre la materialidad de estas piedras, que se sintieron sin fuerzas para sostenerla y se fueron relajando y desmoronando hasta que depositaron su carga sobre la tierra.

Fernán González fundó el monasterio de Arlanza, dotándole de tierras y de medios suficientes para su sostenimiento. Una inscripción, ya desaparecida, que estaba en el arco de paso de la capilla mayor a la de la epístola, nos daba la fecha de 1080 para el comienzo de las obras de la iglesia.

En las ruinas quedan en pie la cabecera y parte de los muros laterales pudiendo reconocerse una parte baja románica y, sobre ella, un abovedado de estilo gótico, realizado en el XV. Hay, además, un torreón que puede datarse en el XII.

La iglesia es de planta basilical, sin crucero, con tres naves, rematadas por otras tantas capillas absidales. Los arcos de entrada a éstas reposan sobre dos columnas, que en las capillas laterales quedan reducidas a una a la altura de la primera cornisa. Estas capillas laterales conservan la bóveda de medio cañón con casquete, pero la central sufrió en el siglo XV una alteración al ser abovedada según el gusto gótico burgalés. Tiene, sin embargo, en el interior una elegante arquería, pegada al muro. También sufrió modificaciones en el exterior, al ser dotada de contrafuertes, mientras las laterales conservan las características columnillas.

Las bases del edificio van evolucionando: áticas las de la cabecera, más amplias las otras. Los fustes son estriados y algunos en espiral. Los capiteles son casi todos corintios simples y uniformes, aunque algunos de la capilla mayor presentan parejas de palomas y leones.

En el Museo Arqueológico de Madrid se conserva una puerta sin tímpano ni dintel, que estaba colocada en el hastial de poniente de este monasterio. Las arquivoltas se guarnecen con una trenza y dobles róleos de hojas a bisel (en lo que coinciden con la cornisa alta de la capilla mayor) finos bocelos y botones en sus escuelas, lo cual, según los arqueólogos, es una novedad. Repiten estos temas en los cimacios. Tienen influjo bizantino.

En el claustro de la Catedral de Burgos se halla un sepulcro, fechado en 1105 y que equivocadamente han creído ser el de Mudarra. Es un arco redondo de lóbulos muy cerrados, que cobija otros dos, también lobulados. Acusa influencias andaluzas y concomitancias con otros de Silos y de Francia.

Finalmente, en un recinto situado detrás del ábside mayor se encontraban unas pinturas, que no han sido debidamente estudiadas. Según Gómez Moreno eran representaciones de animales de gran tamaño, distribuidas en tres paredes y que ocupaban una superficie de más de cuatro metros cuadrados. La técnica fue el fresco y el efecto decorativo, admirable.

El marqués de Lozoya, recordando la afinidad de estas pinturas con las de la ermita de Maderuelo, que dependía de la abadía de Arlanza, piensa que en ésta pudo existir una importante escuela de pintores. En 1132 un «Frater Xemen» encargó a un pintor llamado Gudesteo que adornase las paredes del convento con escenas de cetrería, de la Sagrada Biblia y de la Pasión del Señor.

SANTO DOMINGO DE SILOS

No pretendemos condensar en el reducido espacio de unas cuartillas todo lo que para la cultura, para el arte, para la religión ha significado y significa el Monasterio de Silos.

Por algunos restos arqueológicos y por algunas inscripciones puede deducirse que existía ya en la época visigoda, pero la vida de Silos empieza en el año 933 con una carta de Fernán González.

Más tarde, en 1043, procedente de S. Millán de la Cogolla y por encargo expreso de Fernando I llegó a regir el monasterio el monje Domingo y, desde entonces el valle de Tabladillo fue estrecho marco para contener la fama del nombre de Silos, que pasa a ser uno de los grandes recintos de la cultura occidental y su historia y su arte son estudiados constantemente por los eruditos de España y del extranjero.

Y es que Domingo, perfectamente compenetrado con la misión que el rey Fernando le había encomendado, se entregó a ella con dedicación absoluta y puso como fundamento de su obra el hacer de su casa centro de oración y recogimiento, modelo de disciplina y de virtudes monacales y quiso que sus monjes fueran fieles servidores de Dios y conservadores y cultivadores del saber cristiano.

Por eso Silos es monasterio, es casa de Dios, archivo, museo, biblioteca y taller artístico.

En ninguna parte como en Silos, el esplendor del culto católico tienen su expresión más adecuada. En su archivo se han ido acumulando miles de documentos: bulas pontificias, diplomas reales, cartas de príncipes, condes y altos personajes. En el escritorio consumían los monjes horas y más horas, copian de obras como los Diálogos de S. Gregorio, los Comentarios del Apocalipsis o las conferencias de Casiano y trabajaban con profunda unción religiosa y, con inspiración de verdaderos artistas, decoraban las páginas de sus libros con esas iniciales y esas láminas que son hoy la admiración de las gentes. En su taller se formaron los maestros de obras que dirigieron las del monasterio y las de otros cercanos y los grandes orfebres que nos dejaron los cálices, las arquetas, los frontales, las custodias y otras mil piezas de valor incalculable.

Son escasos los restos que quedan de la célebre iglesia románica de Silos. Por ellos y por las descripciones que nos dejaron en el siglo XVIII, antes de su demolición, podemos hacernos una idea de su grandiosidad. Santo Domingo conservó los

ábsides de la iglesia primitiva y los tramos anteriores de las naves, terminó el conjunto con cuatro pilares cuadrados con columnas adosadas y levantó la torre. En 1073 murió y en 1076, su cuerpo, en olor de santidad, fue trasladado del claustro a la iglesia y en 1088 consagró esta el cardenal Ricardo, legado pontificio. El abad Fortunio amplió notablemente la vieja iglesia, añadiendo un espacioso transepto, que la convirtió en basilical de cruz latina. Salvaron el desnivel, que quedaba entre la parte antigua y la añadida con una escalinata y, por ello, se distinguió «iglesia alta» e «iglesia baja». De ésta no se conserva hoy nada notable; de aquella, el brazo izquierdo del crucero con su puerta llamada «de las vírgenes». Esta es la que nos da idea de la magnificencia de la iglesia románica. Las bases de sus columnas son áticas, adornadas con bolas y cintas. Los capiteles, que representan escenas violentas, maravillosamente talladas, se diferencian mucho de los del claustro. La demolición de esta fábrica comenzó a finales del siglo XVI y se continuó en el XVIII para construir la actual, de estilo neoclásico, sobre planos de Ventura Rodríguez, que no llegaron a ser ejecutados por completo. Del mismo siglo es también la capilla del santo, en la que se guarda la urna de sus restos, obra de plata cincelada, adornada con pedrería y con ocho cabezas de ángeles de bronce dorado. En dos medallones están representadas su muerte y su aparición a la beata Juana de Haza.

En el templo se encuentra un cuadro de Santa Catalina, atribuido al «Guercino», un grupo de Santa Ana con la Virgen y el Niño en piedra, de mediados del XIV, el sepulcro de Fernán Pérez de Guzmán, del XIII, con la estatua yacente, todo él ricamente labrado y policromado y el sepulcro de unos caballeros de Polonia, bajo una arcada gótica.

Pero la maravilla de Silos es su claustro bajo. Es un cuadrilátero irregular de piedra que se abre a un jardín por sesenta arcadas, sostenidas sobre 136 columnas, reemplazas en los ángulos por muros decorados con bajo-relieves y que descansan en un «podium», también de piedra. El extradós de cada arcada está adornado de un cordón y por los cuatro lienzos del claustro corre un ajedrezado. Los capiteles y los ábacos son de una belleza y de una variedad sorprendentes: «En ninguna parte —dice un escritor— ha dejado el arte románico tanta riqueza decorativa, debiéndose observar que la mayoría de estos motivos sólo se encuentran en Santo Domingo de Silos».

Los asuntos esculpidos en los capiteles son tan variados, tan originales, de tal fuerza expresiva, revelan tal poder imaginativo que las descripciones y las reproducciones sólo pueden

dar una ligera idea de lo que aquellos anónimos artistas han hecho realidad tangible, labrando la dureza de la piedra como quien modela figurillas de blanda cera.

En unos están representados pájaros zancudos, en otros ciervos de largos cuernos, en los de más allá harpías con cabeza de mujer, cuerpo de ave y cola de pez, grifos con pezuñas, centauros, sagitarios, águilas, leones enredados entre ramas, cuadrúpedos alados sobre los que cabalgan guerreros que luchan armados de hachas, hojas que se pliegan en volutas... En fin, la fantasía oriental más desenfrenada puesta al servicio de un talento artístico extraordinario y de una habilidad de ejecución que han llenado de asombro a los más grandes técnicos de todos los tiempos.

¿Encierran estas composiciones enseñanzas de tipo teológico o moral? El P. Pinedo ha contestado afirmativamente a esta pregunta al desentrañar el simbolismo de 20 de estos capiteles. ¿Es este simbolismo de origen español? El marqués de Lozoya dice que es muy posible que tenga procedencia española, apoyándose en el hecho de que los más viejos relieves románicos no son sino copias de miniaturas, según afirma Emile Mâle, y los de Moissac están inspirados en las ilustraciones del Apocalipsis de Saint-Sever y éste es copia de un «Beato» español.

Sostiene también aquél, como indiscutible, la influencia española en la técnica de la escultura románica y aduce, como prueba, precisamente este claustro. «Es —dice— la aplicación a la escultura cristiana en piedra de los motivos utilizados por los erborarios musulmanes». «La antigüedad de este maravilloso conjunto escultórico —continúa— único en Europa en este tiempo y su evidente relación con el arte de los eborarios españoles, hacen de él un fuerte argumento en favor de la «iniciativa española».

El francés Bertaux, comparando las plantas carnosas y las piñas de algunos de estos capiteles con los de Santa María la Blanca concluye que deben ser atribuidos a un taller hispanomorisco. Efectivamente, se sabe que el monasterio tuvo esclavos moros en el siglo XI.

También en seis de los más antiguos bajo-relieves de los ángulos hay que reconocer la influencia de las placas de marfil de San Millán y de León.

Los asuntos de estos relieves son: la incredulidad de Santo Tomás, los peregrinos de Emaús, el Descendimiento, escenas del Entierro y de la Resurrección, la Ascensión y la venida del Espíritu Santo.

El más decidido partidario de la primacía de las esculturas

de Silos sobre las del Sur de Francia es el gran arqueólogo americano Kingsley Porter. Su argumentación es la siguiente: las galerías norte y este son de la misma época de los bajo-relieves y éstos son contemporáneos del capitel en cuyo cimacio está el epitafio de Santo Domingo que ha de ser anterior al traslado del cuerpo del Santo a la iglesia, realizado en 1076. Luego los capiteles de aquellas galerías han de ser también anteriores a esta fecha.

Un detenido análisis arqueológico viene a corroborar el aserto del norteamericano, quien demuestra que los capiteles y los relieves no sólo son del mismo tiempo, sino que han sido ejecutados por el mismo artista.

Los arqueólogos franceses combaten esta opinión, pero Kinzley Porter contesta a todos sus reparos y demuestra que todos los motivos empleados en el arte románico, que aparecen en Silos y en Moissac eran ya conocidos en España en el siglo XI. La movilidad de las figuras y la delicadeza de la labra son en el arte románico señales de antigüedad. «Nos encontramos, pues —afirma—, con el más antiguo y el más bello de todos los claustros románicos del mundo».

En la galería occidental hay dos capiteles y en el ángulo S.O. dos bajo-relieves de época posterior y de tema cristiano. El artista sabe dar a sus personajes una gran naturalidad y preludia la escultura gótica. (También en la escalera de los leones —obra ésta del siglo XVIII— hay empotrado otro relieve que representa al santo redimiendo cautivos).

El alfarje del claustro aparece decorado con pinturas de gran valor artístico, que puede ser fechadas en el XIV. Las escenas reproducen la vida en la Baja Edad Media: torneos, luchas de moros y cristianos, escenas amatorias, corridas de toros, animales, monjes, guerreros, etcétera.

Aunque no tan interesantes como los del bajo, hay en el claustro alto capiteles muy dignos de estudio.

A través de los siglos, prelados, reyes, príncipes y grandes señores, así como gentes del pueblo llano, acuden en peregrinación a Silos en santa competencia de devoción hacia el traumaturo y en noble afán por conceder favores a la casa que guarda sus restos.

En 1338 la merindad de Silos abarca 115 villas o aldeas. La Hermandad del Santo contaba en los primeros años del siglo XV con 45.000 afiliados y la abadía poseía nueve prioratos.

No es posible resumir siquiera en el breve espacio de unas cuartillas la historia de muchos siglos gloriosos del monasterio de Santo Domingo de Silos.

TIERRA DE GUERRILLEROS

Parece como si estas tierras de misterio y de leyenda estuvieran predestinadas a servir de refugio y de fortaleza a los héroes de la Patria en los momentos más difíciles de su historia.

Yo diría que así como en la gran contienda mitológica los Titanes, cuando eran vencidos por los hijos de Saturno, recuperaban sus fuerzas al ponerse en contacto con su madre, la Tierra, de la misma manera los guerreros hispánicos, al pisar estos lugares, sentían acrecentada su capacidad de resistencia y cobraban valor de héroes de cantar de gesta.

Por eso el último gran capítulo de la historia de la tierra de Salas se escribe en la guerra de la Independencia.

El invasor procede ahora del Norte y, escoltado por los mejores soldados del mundo y aureolado por los triunfos recogidos en los campos de batalla de Europa, viene decidido a conquistar y a vencer.

No están al frente de la Patria ni Fernán González ni el Cid ni Ramiro ni Alfonsos. Los reyes y los grandes desertaron los primeros. Pero el pueblo español se mantiene en su puesto. Claudicaciones, pactos, cesiones, toma de ciudades, saqueos, matanzas, atropellos... ¡No importa! Los castellanos, sin armas, sin jefes, sin táctica militar se acogen a estas tierras y en ellas se organizan a su manera. Acuden a los montes de Salas, exentos de ambiciones, ayunos de política, pero con el alma templada en el espíritu de la guerra y el corazón henchido de ansias de libertad para ellos y para su Patria.

Por romances y leyendas saben que existió un Cid y un Fernán González, pero, incapaces de disquisiciones históricas, como si militasen a sus órdenes, se alistan en las partidas del Cura Merino o del Empecinado.

En lo material todo es ruina, miseria y desolación, en lo espiritual aún aletea invisible el alma de los grandes siglos. Los pastores luchan a pie, los leñadores y los braceros recorren a galope la llanura, caballeros sobre jacos mal bridados, y la madre tierra siente que se desliza de nuevo sobre su loma la alada silueta del jinete ibérico.

El francés sufre descalabros y se revuelve en vano contra un enemigo invisible. Trata de alcanzar a sus perseguidores y queda preso en la celada tendida. Es inútil luchar en estas tierras en las que no sólo los seres vivientes ayudan a los guerrilleros, sino que los protege la naturaleza y hasta parece que los chaparros brotan espantáneos del suelo para cubrirlos en sus

emboscadas y que las peñas se cierran para ocultarlos cuando huyen y las gargantas los vomitan a centenares en el ataque y los mismos pinos se convierten en guerreros formidables. Y los vencedores del mundo se sienten vencidos y, guareciéndose entre peñas y pinares, canta victoria el espíritu invencible de la raza.

* * *

No es orgullo vano, vecinos de Salas, el que os hace guardar con amor las cabezas de los siete Infantes: es el cumplimiento de un deber, es una obligación sagrada que os ha impuesto la Historia. Si os olvidaseis de los Infantes, os pasaríais al bando de los traidores.

No es superstición lo que os postra ante una urna funeraria, es el culto a los Titanes de la raza, que vencieron y conquistaron mundos.

No es un retroceso el culto a nuestros muertos, es la consagración de la Castilla eterna, que en el siglo X, partiendo de estas tierras, clavó en lo alto la flecha del progreso, abrió en el suelo caminos de victoria e hizo alumbrar el sol de la justicia y, arrullada por murmullos de plegaria, y amparada por las armas de sus guerreros, venció a los invasores, dictó leyes al mundo y llevó a España por las rutas del Imperio.

Pedro SANZ ABAD